

brazos. En las dos batallas de Nicea, por ejemplo, Godofredo, Tancredo y los dos Robertos, siembran el terror en las filas de los infieles, y parecen mas propios para matar que para ejercer el mando. En Ozellis, Hugo el Grande, Roberto de Paris, Bohemond y Adhemar son los primeros en lanzarse sobre los musulmanes gritando : ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! á cuyo grito, repetido por el ejército, cada cruzado da ó recibe la muerte.

Puede asegurarse que si en aquella época habia algo de combinacion militar en las batallas, y algun órden táctico, era solo entre los musulmanes, porque al ménos ellos formaban su caballería en masas para cargar contra sus enemigos; si á esta disposicion se agrega la bondad de los caballos y su natural energía, se comprenderán fácilmente los brillantes triunfos que obtuvieron sobre las piadosas y fanáticas huestes de los cruzados, haciéndolos al fin desistir para siempre de sus injustas agresiones.

Ya hemos dicho al tratar de la historia de la infantería que en la época del feudalismo la ciencia de la guerra decayó por completo; pero al revindicar los suizos á la infantería establecieron de nuevo las bases de la ciencia moderna, y se verificó el renacimiento de las tácticas y de la aplicacion de los principios olvidados de la estrategia.

Inflamados por el amor á su independencia, protegidos por las dificultades que presentan sus montañas surcadas apénas por uno que otro escabroso

sendero, la Europa los vió triunfar en Morgarten, en Sempach y en Niefels, contra todos los esfuerzos de la poderosa casa de Austria. Los brillantes caballeros cubiertos de oro y acero que seguian las huellas de Cárlos el Temerario, fueron vencidos tambien en Grandson y Morat; pero en esta última batalla el éxito fué debido en parte al empleo de las armas de fuego, porque si se ha de dar crédito á algunos escritores, sobre los treinta mil confederados que combatian, diez mil estaban armados de culebrinas ó pequeños cañones portátiles.

El descubrimiento de la pólvora produjo al momento importantes y radicales modificaciones, é hizo ya inútiles las pesadas armaduras que como una trinchera impenetrable cubrian á los hombres de armas, estableciendo así la igualdad en los combates. Un nuevo sistema de guerra comenzó; las picas, alabardas y partesanas fueron reemplazadas por arcabuces, mosquetes y fusiles; y el verdadero valor, que depende de la fuerza de alma, tomó su natural superioridad sobre el valor ciego é impetuoso, que no es mas que el producto material de la fuerza física.

Sin embargo, al leer la descripcion de las batallas mas memorables que siguieron á esta reforma, se nota las grandes faltas é imprudencias que cometian los generales de los ejércitos, y solo en la batalla de Ravena se observa un órden ya muy militar y maniobras de alguna importancia. El valiente jóven

Gaston de Foix, que mandaba á los franceses, adoptó un buen orden de batalla, apoyó su derecha en el Ródano, formando en dos líneas y organizó fuertes reservas que lanzadas en el momento oportuno decidieron de la victoria. Este jóven guerrero que tan grandes esperanzas prometia, sucumbió al triunfar en esta funcion de armas.

La ciencia siguió desarrollándose lentamente, distinguiéndose los franceses, españoles, ingleses y belgas, entre los guerreros que le daban mayor impulso; pero los tipos de las batallas eran muy diferentes, segun el genio y el talento del capitán que las libraba; así es que la mayor parte de las que dió Condé eran de choque; de posicion las de Feuillade; de puestos las del mariscal de Sajonia; de sitio las de Turena, etc. Al gran Federico II estaba reservado crear el tipo de las batallas verdaderamente campales, de las batallas de maniobra. En Estriegan, lo mismo que en Keselsdorf, maniobrando fué como volteó el ala izquierda de los austriacos desalojándolos de sus fuertes posiciones. Maniobrando también desbordó y penetró por su izquierda al ejército del príncipe de Lorena en la gloriosa batalla de Praga. En Lissa, que tenía ménos de cincuenta mil hombres, neutraliza la derecha de los austriacos con falsas demostraciones para caer repentinamente sobre la izquierda que estaba débil, la penetra, la desordena, y esto produce la completa derrota de sus enemigos; el mismo resultado hu-

biera obtenido en Kolin si no hubiera sido porque su centro se comprometió en un combate desigual faltando á las órdenes que tenía de no hacerlo.

No satisfecho ese gran capitán con los gloriosos ejemplos que dejó, escribió también importantes máximas para dar y recibir batallas, que dedicó especialmente á sus generales, por lo cual tienen cierto carácter de órdenes ó mandatos expresos. Entre otras, da las siguientes:

« Es necesario dar batallas para terminar las cuestiones.

« Se necesita premeditarlas, porque las que son obra de la casualidad no producen grandes resultados.

« Las mejores son aquellas que obliga uno á aceptar al enemigo.

« Rehusando una ala y reforzando la que debe atacar, se puede llevar muchas fuerzas sobre el ala del enemigo que se quiere flanquear; este sistema de ataque ofrece tres ventajas:

« *Primera.* — Atacar el punto decisivo.

« *Segunda.* — Poder tomar la ofensiva con fuerzas inferiores en número.

« *Tercera.* — No comprometer más que las tropas que se mandan al ataque, teniendo siempre facilidad de retirarse.

« Los ataques sobre el centro traen por consecuencia victorias más completas, porque si se logra atravesarle, las alas son perdidas.

« Los ataques de poblaciones retrincheradas cuestan tanta gente, que me he impuesto la ley de evitarlos.

« Villeroy fué batido en Ranvilliers por haber colocado una parte de sus tropas en un terreno en que no podían operar.

« Es necesario no hacer fuego sobre la marcha, porque el terreno que se conquista en el campo de batalla, y no los enemigos que uno mata, es lo que decide de la victoria. »

Bastará con estos ejemplos para demostrar la superior inteligencia militar del gran guerrero Federico II.

Llega la época de la gloriosa revolución francesa de 93; casi todas las potencias de Europa aprestan sus ejércitos y los llevan á las fronteras de Francia para abrir la campaña y penetrar prontamente en su territorio. Los generales, los jefes y oficiales, y aun alguna tropa francesa instigada por la nobleza, habían desertado de la patria y la habían traicionado pasándose al extranjero. Pero el amor á la libertad llevado hasta el fanatismo, inflama á la ardiente juventud francesa; se arma prontamente, y grandes masas de patriotas marchan contra el enemigo. Las primeras batallas prestan muy poco interés bajo el punto de vista de la estrategia y de la táctica; no eran, propiamente hablando, mas que combates de puestos, y habitualmente de orden paralelo. La de Valmy fué una grande escaramuza. En la de Jem-

mapes los vencedores no supieron sacar todo el partido que la gran superioridad numérica hacia esperar. A pesar de esto, los escritores de aquella época no han vacilado en proclamar al general Dumouriez el salvador de la Francia.

Á fines del año de 1793 los aliados debían haber marchado sobre París despues de la derrota que hicieron sufrir á Dumouriez en Nerwinden; pero cometieron la falta de dividirse. Los ingleses se dirigieron sobre Dunkerque, que hacia ya mucho tiempo pretendían conquistar, y el príncipe de Cobourg, que ya había tomado Valenciennes y Condé á nombre del emperador de Austria, sitió á Maubeuge y su campo retrincherado. Dos batallas salvaron las dos plazas.

La primera fué dada y ganada por Houchard en Hondtschoote, pero no debe considerarse mas que como una serie de combates que obligaron al duque de York á retirarse por temor de perder sus comunicaciones con Turnes, que era su base de operaciones. Houchard no supo aprovecharse de sus ventajas.

La segunda merece mencionarse; fué dada y meditada por Jourdan, que se portó en ella como un digno discípulo de Federico.

El príncipe de Cobourg tenía sesenta y cinco mil hombres á sus órdenes. Un fuerte destacamento contenía á la guarnición de Maubeuge, y el grueso del ejército ocupaba una fuerte posición. La derecha se

apoyaba en el Sambre arriba de Berlaimond, el centro en Douvens y la izquierda en Watignies. Toda esta línea, siguiendo el método que Daun había puesto en uso contra los prusianos, estaba erizada de reductos, retrincheramientos y baterías. Jourdan concentró en Guisa cuarenta mil hombres y ochenta piezas de artillería, y dirigiéndose por Avesnes, desplegó á la orilla de un bosque que el enemigo había descuidado ocupar. Su derecha se apoyaba en Sorle-le-Château, extendiéndose su izquierda en la dirección de Landrecies. La batalla duró dos días; el primero, los franceses atacaron toda la línea en orden paralelo, pero se debilitaron considerablemente sin obtener ventajas positivas. El segundo día, que ya Jourdan había conocido la falta que cometió, trató de repararla; había escogido lo mejor de sus tropas trasladándolas durante la noche á su ala derecha, de manera que al renovarse la batalla y á pesar de su inferioridad numérica, se echó con fuerzas superiores sobre el ala izquierda de los austriacos, la rebasó aniquilándola con sus fuegos, y tomó Watignies que era la llave de la posición, alcanzando de este modo una victoria completa.

Sería muy largo enumerar los sitios y batallas que se dieron en aquella época memorable en que el pueblo francés dió tan brillantes pruebas de patriotismo y de valor; y aunque, como dijimos, sus generales habían desertado en su mayor parte desde el principio, salieron de las filas del ejército ilustres

guerreros que hicieron adelantar considerablemente la ciencia de la guerra, y colmaron de gloria á la Francia. Entre todos ellos debemos citar á Houchard, Jourdan, Kellermann, Pichegru, Moreau, Kléber, Marceau, Lefèbre, Championnet, Bernadotte, etc.

Lléganos la vez de hablar del mas gran capitán de los tiempos modernos, de aquel batallador cuya fama iguala por lo ménos la de Alejandro el Grande, de Anibal y de Julio César; aquel cuyas proezas conmovieron hasta sus cimientos á la Europa entera y hubieran conmovido al mundo si en la batalla de Waterloo el mariscal Grouchy hubiera podido ó sabido secundarle. No nos referimos al hombre, sino al genio militar, al reformador de los altos principios de la guerra, al que marcó definitivamente á cada arma su carácter distintivo en el campo de batalla; á aquel soldado que pisando el gran mapa de un probable teatro de guerra sabía prever con una precisión matemática dónde, cómo y en qué momento debía destruir á su adversario: ¡Napoleon Bonaparte!

Este nombre brillará con letras de diamante hasta las mas remotas generaciones militares. No importa que las modernas armas hayan producido en la táctica grandes modificaciones. Las sabias máximas del gran capitán del siglo diez y nueve serán siempre modelos de la ciencia de la guerra; sus profundas combinaciones estratégicas y la justa aplicación de ellas en los combates han sido la fuente de donde

brotaron muchos de los principios en que está fundada la táctica moderna.

Tratándose de este gran capitán bien podríamos elegir al acaso cualquiera de sus batallas, para admirar en su descripción y estudio los recursos y la omnipotencia del genio, y contemplar sus resultados con la natural é indispensable concurrencia de la práctica oportuna de los principios de la ciencia de la guerra. Pero como mi objeto se reduce á dar á grandes pinceladas un bosquejo cronológico de los adelantos de esta ciencia desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, elegiré de este insigne guerrero las batallas de Austerlitz y Wagram como las más convenientes á mi propósito. La primera, por las circunstancias verdaderamente difíciles que concurrieron á la concepción de su plan; ambas por la maestría con que fueron desarrolladas con total arreglo á los principios de la ciencia.

Batalla de Austerlitz.

Acababa Napoleón de ceñir sobre sus sienes la corona imperial y saboreado apenas las fiestas á que este acontecimiento dió lugar en su corte, cuando obligado por su genio fijó de nuevo la atención en estudiar la manera de acabar con los enemigos de la Francia, haciéndolos deponer la actitud hostil que conservaban hácia ella, para afianzar á todo trance

la paz del continente. De todos esos enemigos ninguno tenía, evidentemente, la importancia de la Inglaterra, que con su oro y sus armas había logrado mantener á las naciones de Europa en constante guerra contra la Francia.

Por eso Napoleón, queriendo, como él mismo decía, *cegar la fuente de las coaliciones*, fijó toda su atención en Inglaterra, para echar por tierra su importancia y arrastrarla por medio de la guerra á un tratado de paz tan estable y duradera, como era ya deseada y conveniente para ambos pueblos. A este fin, tenía que escoger entre dos medios: ó una expedición en la India, ó un desembarco directo en las costas de Inglaterra. Lo primero podía ser más realizable, aunque de resultados algo tardíos; lo segundo debía tener resultados inmediatos, pero su realización era difícil y peligrosa. El genio de Napoleón le aconsejó ser audaz, y se decidió por el desembarco. Inmediatamente dedicó todos sus recursos á la formación de una escuadra respetable y á organizar el ejército encargado de aquella colosal expedición. A este efecto, las flotas de Tolón, Cádiz, Ferrol, Rochefort y Brest, debían reunirse en la Martinica, á las órdenes del almirante Villeneuve, para volver juntas en julio al canal de la Mancha, y reunidas con la escuadra que la incansable actividad de Napoleón había sabido crear en Bolonia, transportar á sus ejércitos al seno mismo de su enemigo.